

FUNDACIÓN IDEAS PARA LA PAZ



Desde adentro

Número 2 / marzo de 2006

Los vecinos del Escalabrini

Por Gala Peña

Las nubes se habían esparcido un poco para tranquilidad de los vecinos del Juan Bautista Escalabrini, un barrio de unos 3.000 habitantes en una colina al norte de Cúcuta. El sol se asomaba suavemente para secar el barro de las trochas que conducen desde allí al barrio Camilo Daza, que lleva el nombre del aeropuerto de la ciudad. Ese día también tuvieron suerte los cobradores de la empresa Centrales Eléctricas de Norte de Santander que se dirigían al Escalabrini: cuando la lluvia arrecia, es imposible llegar a estas lomas. Subieron en su Nissan amarillo por las empinadas vías de este paisaje de suelo rojizo y casas de tablas y zinc.

Llegaron a revisar el contador, quizás lo único nuevo y vistoso en la casa de doña Melba Rosa. Le pidieron el último recibo de la luz. Acumulaba 45 meses sin pagar. Su deuda con la empresa ascendía a 560 mil pesos. Resignación y pena aparecieron en el rostro de doña Melba.

–Si la tienen que cortar, córtenla porque yo no tengo ni un peso... Haremos como en el campo, alumbrarnos con mechones, dijo.

–Pero allá teníamos gas, y aquí no hay, reprochó en tono jocoso su hijo Yesid, que lleva un par de muletas.

–La invitamos a que se acerque a la empresa para que su deuda le sea financiada en cuotas, y además le perdonen los intereses, le dijo cortésmente un funcionario.

–Si uno pudiera, cumpliría con la obligación, pero uno sin trabajo, respondió Melba Rosa. *Hoy no habrá almuerzo, ni comida bajo este techo, no hay con qué. Ya mis hijos saben que cuando se puede se come, cuando no, no, porque aquí en la ciudad todo hay que comprarlo.*

Melba, de 57 años, gruesa de brazos, ojos brillantes, tiene una sonrisa amplia, pero se entristece con facilidad. Sus manos llevan las huellas del campo. Su casa no es distinta a las de los vecinos, latas y madera barata, pero ella se siente orgullosa. De las tablas que dividen la sala de la cocina cuelgan las fotos de sus hijas que viven en Tibú, y de la fiesta de quince años que hace poco un vecino le celebró a Yurley, su hija menor. También vive con ella Ramón, un joven de diecisiete.

Las ocho gallinas que le regalaron rondan por todos lados. Atrás en el patio, desde donde se ve la pista del Aeropuerto Camilo Daza, una puerca espera que sobre algo de comida. Como hasta ahora empieza el invierno, el tanque de agua está seco. La empresa de acueducto bombea agua a la zona dos veces a la semana, pero las conexiones -que no son más que tubos angostos conectados en forma rudimentaria y fraudulenta- se tapan a menudo o la dejan escapar. En época de escasez, pueden durar meses sin una gota de agua. Cuando eso pasa hacen colecta entre varios vecinos para comprar un carro tanque. Si no hay con qué pagarlo, entonces caminan unos dos kilómetros hasta el barrio Ospina Pérez, más allá del Camilo Daza, para que se las regalen. La otra opción es recoger el agua barrienta del río Zulia, que pasa a unos dos kilómetros.

En invierno son otros los problemas. Melba no se quita las botas pantaneras, pues el único camino de salida es destapado y cuando llueve, es fácil resbalarse en el barro.

Melba llegó a esa loma hace cinco años de Tibú, a donde había llegado por enamorada. Salió cuando las autodefensas multiplicaron las masacres en la región del Catatumbo. Le mataron el marido por equivocación y luego de matarlo, lo tiraron al río. Sólo después recuperó el cadáver y pudo enterrarlo. Cuando llegó a Cúcuta consiguió trabajo en una casa para hacer el aseo y cocinar. *Pero una no está acostumbrada a hacer*

tantas cosas y la señora se molestaba porque yo no sabía usar la lavadora, ni cocinar, entonces no volví. Es que en la ciudad comen distinto, dice entre risas.

Su hijo Yesid, en sus treintas, de cabello indio y bigote recortado, vive a unos pocos metros. Su casa es más alegre: pintó las tablas de color verde y en una terraza imaginaria puso una planta sembrada en una llanta. Adentro, su mujer Luz Mary cocinaba en una estufa de dos fogones que funciona con gas propano venezolano. El almuerzo no era más que frijoles y arroz. *Aquí es muy duro, dice Luz Mary, quien se ha hecho cargo del hogar casi todos estos años. Uno llega sin conocer a nadie. Hace cinco años nos sacaron de Tibú en una avioneta con Yesid herido. El Ejército nos ayudó a llevarlo al Hospital Erasmo Meoz de Cúcuta. Una prima de uno de los que estaban trabajando con Yesid, un ángel de la guarda, nos dio hospedaje en el barrio Motilones y me ayudó con el niño que tenía dieciséis días de nacido.*

Su marido es un hombre que se le mide a todo. Por un tiempo fue incluso raspachín. Cuando el accidente, era jornalero en una finca en la vereda de La India, en La Gabarra. Un día mientras limpiaba rastrojo con el machete le estalló un cilindro que había dejado allí no se sabe cuál grupo armado. *Lo de la pierna fue terrible, cuenta Yesid. Nos vinimos y no regresamos más, los niños más grandes se quedaron con la abuela y después fue que pudimos mandar por ellos. Fueron prácticamente dos años de entradas y salidas al hospital rogando y buscando ayuda. Y el año pasado pensamos que ya me había sanado pero entonces comenzó a gangrenarse y no hubo más remedio que amputarla.*

La señora del Motilones les ayudó casi dos años, hasta que se enteraron que un padre italiano, Francisco Bortignon de la comunidad del beato Juan Bautista Escalabrini -que no por casualidad es el protector de los migrantes- daba ayuda a los desplazados. Con 500.000 pesos, estos religiosos habían levantado cien ranchos de madera y zinc en una loma para albergar a los que llegaban sin nada, huyendo de la violencia en el Catatumbo. Hoy hay más de 350 ranchos. La comunidad religiosa sostiene además un colegio, un comedor escolar y promueve talleres para darle trabajo a los miles de desplazados que habitan las laderas rojizas de Cúcuta.

En el barrio Juan Bautista, Yesid y Luz Mary construyeron su casa pintada de verde, para criar a sus hijos Omar Yesid, el mayor, Ruby Alexandra, que hoy tiene doce años, Yasbeydi, que llegó recién nacida a Cúcuta y ahora tiene siete, y la encantadora Sherley Patricia, de cabellos claros, que apenas tiene dos. *Nunca pasamos hambre en el campo y aquí a veces nos acostamos sin comer, explica Yesid. Aunque hemos recibido mucho de los padres, hay gente que nos mira mal. Las ayudas del gobierno que dicen que son para los desplazados, nunca llegan.*

Diariamente, sobre sus muletas, Yesid camina casi un kilómetro de vía destapada y toma una buseta, si puede, o camina otro trayecto por la calle principal asfaltada del Camilo Daza hasta llegar a un taller comunitario en el Ospina Pérez, donde trabaja. Pasa el día cosiendo uniformes para seguir recibiendo la ayuda. Y su esposa, a cambio de recibir mercado y almuerzos para sus hijos, colabora en el comedor escolar del colegio Juan Bautista.

En otro colegio de los padres Escalabrini, María, una vecina de Melba y de Yesid, consiguió el puesto de portera. Es una mujer altiva de 37 años, con una mirada cargada de resentimiento. Pero tiene también una sonrisa amplia, que enseña de vez en cuando. Es madre de cuatro hijos, todos nacidos en el campo. No le gusta hablar de su salida del Catatumbo. *Uno se cansa de contar y recordar lo mismo, dice.*

Con su uniforme azul de buzo y sudadera, detrás de la reja de entrada al colegio, María responde con exactitud a quienes le preguntan por un profesor, por el padre Francisco, por algún alumno o por la hora de entrada y salida de los niños. Cuida que entren pronto a clase cuando llegan y que no se salgan antes de tiempo. María también lidera grupos de mujeres que ayudan en los comedores de los tres colegios levantados por la comunidad Escalabrini.

Hace cinco años, cuando salió de La Gabarra, *por ser familiar de alguien que veían como enemigo, María dejó atrás ganado, gallinas, bestias y una finca que tenía la esperanza pudiera ser comprada para la explotación de petróleo. Pero todo se perdió, dice. Además, no teníamos papeles de la finca porque allá todo es distinto y uno no necesita papeles, los negocios se hacían de palabra y eso valía.*

En el campo vivía con holgura, pero recién llegada a la ciudad junto con su esposo y sus hijos tuvo primero que arrimarse a donde unos familiares. Después le tocó irse a un rancho de cuatro tablas, a dormir en el piso sobre esteras. No estaba acostumbrada. Tampoco sabía pedir. *Yo no volví a ser la misma, explica. El miedo se apodera de uno cuando ve tanta violencia. El campo antes era bueno. Se trabajaba duro, pero la gente era noble, pura, y nos ayudábamos. Luego el campesino quedó en el medio: cuando un grupo está, llegan los otros y reclaman; y cuando llegan los otros, entonces los unos reclaman. Hasta que llega el día en que toca irse.*

Nadie volvió a ser el mismo, ninguno de los 30.000 desarraigados que han llegado a Cúcuta en los últimos años. Todos están atemorizados. En el barrio, apenas de vez en cuando se escuchan por ahí los corrillos clandestinos que relatan los tiempos de la guerra.